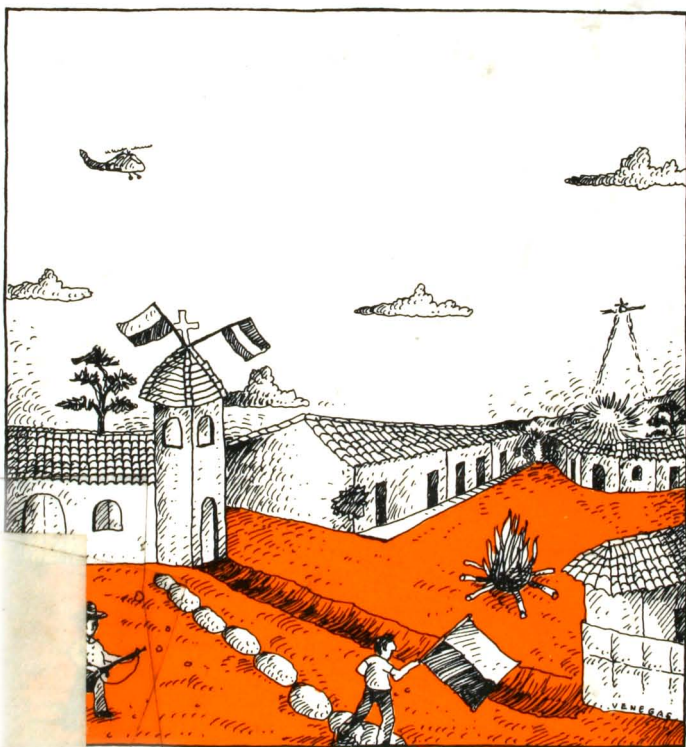


UN VIAJE POR SOLENTINAME

JAIME QUEZADA



SINFRONTERAS
EDITORIAL

© Jaime Quezada
© Editorial Sinfronteras
Primera Edición, Octubre 1987
Portada: Hernán Venegas
Derechos reservados
Ed. Sinfronteras
Casilla 6071. Correo 22. Tel. 2229739
Santiago-Chile

A MANERA DE EXCUSA

Extrañará, acaso, a muchos, que yo escriba no de una Nicaragua actual (que no conozco sino por referencias); de una Nicaragua hoy acosada por el mismo invasor yanqui de los tiempos del viejo Sandino sino, más bien, de una Nicaragua de los años setenta y tantos, cuando andaba yo medio perdido o medio encontrado en los países centroamericanos. Y caí en esa Nicaragua que era sinónimo de dictadura o sinónimo de Somoza, que es lo mismo -Da gracias a Dios, oh sapo, pues que eres, escribió una vez Darío-, y cuando la palabra dictadura era para nosotros pura ficción en el léxico sufriente de América Latina.

Poeta yo de un país, copia feliz del edén, que andaba en otro país, copia semejante a los infiernos para los nicaragüenses, y cuya geografía humana, y paisajística y literaria fue conmigo en estas relaciones con sus gentes amadas, sus poetas de ayer y siempre, porque aquí, todo, hasta el tiempo se hace

espacio, según el decir de Alfonso Cortés. De ese andar y de ese vivir nacieron estos textos. Una deuda de gratitud, también con una tierra muy mía. Solentiname y esos lugares marcaron mi vida, como mi aldea natal de Los Angeles hizo mi infancia, y Nahuelbuta mi pasión forestal por Chile.

Ya Cardenal había escrito en Managua 6.30 P.M.: Y si he de dar un testimonio sobre mi época es éste: Fue bárbara y primitiva pero poética.

Por último dedico estas páginas -estas modestas páginas- a la memoria de Elvis Chavarría y Laureano Mairena que anduvieron conmigo acompañándome, en Solentiname, en la pesca de la mojarra, en la búsqueda de Dios, en el canto de un tiempo nuevo.

J.Q.

Santiago de Chile, primavera, 1987.

UN VIAJE POR SOLENTINAME

JAIME QUEZADA

SINFRONTERAS
EDITORIAL

74385

JAIME QUEZADA

STATIONERS

Puede ser la selva. Lugar selvático es ciertamente Solentiname: perdido y encontrado, lejos de la gran ciudad, cerca del mundo y en el mundo. Vuelan las oropéndolas. Las oropéndolas son negras, y amarillo el plumaje de su cola. Y cantan todo el santo día: guru-guru-guru. Anuncian un tiempo por venir. El gran Lago de Nicaragua -la mar dulce de su descubridor Gil González Dávila o el antiguo Cocibolca de sus indígenas ribereños- azulito, transparente como un rostro de Dios. Apacible, aparentemente apacible: el único lago de agua dulce del mundo que tiene *pesierras* y tiburones. Tiburones en el agua, tiburones en la tierra nicaragüense.

Llegan isleños en sus canoas a remo. Un isleño trae una enorme y vivita tortuga que comeremos guisada mañana. También guineos, bananos, man-

gos, zapotes, pitahayas. ¡Ah, de Chile!, me dicen al saludarme, como queriendo decir en ese ¡Ah...! la lejanía, la distancia, la alegría. *Qué lindo país debe ser Chile. Si no hubiese sido por Chile, pues, no habíamos tenido los nicaragüenses un Rubén Darío.* Estos campesinos isleños que yo creía que no conocían más allá de sus ranchos de palmera de coyol. Qué sabios campesinos. Ignorante yo, bien aventurado acaso seré.

Con razón Rubén Darío escribiría la palabra *harmonía* con h. Con h de hermandad, con h de humanidad.

II

Desde la ventanilla del avión de *Lanica* (Líneas Aereas Nicaragüenses) alcanzo a divisar a Morelia que alegre levanta su mano en señal de bienvenida. El policía que controla mi pasaporte en el Aeropuerto *Las Mercedes* me mira de arriba a abajo una y otra vez. Y con un tono que no admite casi discusión me ordena:

- *No podés entrar así a Nicaragua. Tenés que cortarte el pelo.*

- *Pero cómo, digo alarmado. Yo vengo de visita a su país y no soy ningún...*

- *Así será. Tenés que cortarte ahorita.*

- Bueno, apenas llegue a Managua.

- No, la orden es aquí. Y no nos hagás perder tiempo.

Nicaragua es una tierra de poetas y de otras cosas, como Chile. A tijeretazo limpio me cortan el pelo encerrado en un water del aeropuerto de Managua. ¡Ay, Morelia, todavía no puedo abrazarte! Yo ardo de rabia a medida que me van echando la mequina abajo. Por la puerta entreabierta veo muy frente a mí a Anastasio Somoza Debayle de cuerpo entero y traje blanco y una leyenda que apenas cabe en el retrato:

Somoza significa Paz, Trabajo, Progreso.

III

Las rojas flores de los malinches alegran el día en Managua. En las sucias aguas del lago Xolotlán flota un guante, una cáscara de banano, una ruedita de un juguete de carey, un volante blanco-azul con la imagen de Somoza repartido en la "elección presidencial" de febrero de 1972. Una joven pareja trata de hacerse el amor entre zancudos y mosquitos. ¡Cómo tocan hora tras hora las campanas de las iglesias de Managua! Sonido como voz humana que viene de las selvas de Segovia: *Algún día triunfaremos, dice Sandino, y si yo no lo veo las hormiguitas llegarán a contármelo bajo la tierra.* ¡Cómo tocan las campanas!

Joaquín Pasos tiene 16 años y corriendo por estas calles de Managua: *y su lenguaje español que dice: Gringo, macho, anda vete. Esta tierra es nues-*

tra con toda su hermosa floración de costumbres. Y Gabriela Mistral -nuestra Mistral- con la sangre viva de la historia escribiendo en París el 28, en Nueva York el año 31: El general Sandino (¿y a usted quién lo hizo general? Mis hombres, señor) carga sobre sus hombros vigorosos de hombre rústico, sobre su espalda viril de herrero o forjador, con la honra de todos nosotros. Lo leyeron los chilenos en el diario El Mercurio cuando yo estaba todavía lejos de nacer, pero no lejos de un futuro que es América, y he venido a recordarlo al son de estas campanas, al calor que combato con un fresco de guayaba, al vuelo eterno de tantas golondrinas en los cables eléctricos como no he visto en capital alguna.

A pesar de todo, yo no puedo verle la cara al General -al otro general- que cabalga en su gordo caballo frente al estadio de Managua. El sol reluce en la macicez del bronce: "El pueblo nicaragüense a su presidente Anastasio Somoza García, 1954". *No es que yo crea que el pueblo me erigió esta estatua / porque yo sé mejor que vosotros que la ordené yo mismo / Ni tampoco que pretendo pasar con ella a la posteridad / porque yo sé que el pueblo la derribará un día.* Epigrama de Ernesto Cardenal. Y en la verde y amplia cancha del estadio los muchachos juegan béisbol.

IV

El pirata Mansfield y el filibustero Henry Morgan hicieron este viaje en el siglo XVII, de seguro, en mejores embarcaciones. Campesinos que duermen abrazados a sus machetes, isleños que preparan su cigarros con las mismas hojas del tabaco, comerciantes que juegan a las cartas apoyados en sus maletas. Sacos, cajones, bolsas, jaulas con tigrillos y gatos de monte. Todos los olores se hacen queso fresco, tortilla de maíz, plátano cocido. De un momento a otro se nubla. Hay relámpagos y truenos y la lluvia se ve venir lago adentro. Yo voy sentado sobre un cajón de cervezas vacías cubriéndome la espalda con un poncho araucano. Un viejo campesino come mamones recostado en su hamaca y escupe botando los pequeños cuescos por sobre mi cabeza. A pesar del ruido del motor de la lancha *Río San*

Juan, a ratos me duermo.

Ernesto Cardenal con sus botas de hule negras, bluejeans desteñido, cotona blanca y boina azul, pasa por entre cajones de chiltomas y quiquisques, racimos de bananos, sacos de frijoles, canastos con mangos y pitahayas. *¡Miren al padre, tan sencillo, quién lo viera. Y cuentan que es millonario!*, dice una vendedora de lagartos vivitos y coleando, mientras lee a pleno sol una antología de poemas de Luis de Góngora y Argote. El calor hace comezón en todo mi cuerpo. Me quito la chomba de lana y hago pantalla al sol. Flotan enormes manchones de camalotes. De repente, como si fuéramos por entre manglares. La vegetación llega al borde mismo del lago y el cielo está limpio como una buena bienvenida. No se ve un punto de tierra. Todo está cubierto por los robles de sabana, el árbol del pan, los poroporos, los corteses, los pochotes, los malinches. En medio de tanta vegetación, imagino que voy a divisar un manzano, un cerezo, un aroma florido, un peral. Aspiro una y otra vez el aire que huele a sándalo, a flores de cedro, a flores de árboles desconocidos para mí.

V

Entre palomas y zenzontles que se disputan una semilla de jícara entro a la vieja Catedral de León - heroica León-, este sábado 12 de junio de 1971 a invocar tu nombre de paisano inevitable: *vete a Chile, vete a nado*. Sobre la lápida una inscripción: *Rubén Darío*. Y al frente en un muro este verso: *Y tuve hambre de espacio y sed de cielo*. Qué será del leoncito de mármol muy echado -si es que está aún echado- sobre tu sepulcro junto a la estatua de San Pablo, en esta Catedral, Rubén, *padre y maestro mágico, liróforo celeste*, verso que tú escribiste en 1896 al responso de Verlaine, y yo ahora en tu tumba celebro para ti. Tú que dijiste: *ser sincero es ser potente*. Tú que viviste en lo cotidiano como hombre, y como poeta no claudicaste nunca, pues siempre tendiste a la eternidad.

Rubén Darío, nieto de abuelo español o nieto de indio chorotega, a despecho de tus manos de marqués. Pero a gloria de tus palabras liminares o de tus no profanas prosas: *He aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles: ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de República, no podré saludarle en el idioma en que te cantaré a ti.*

Huele a agua sucia dejada en los floreros. A incienso quemado también. Un coro de niños canta en latín himnos litúrgicos. Y un gringo no hace otra cosa que tomar fotografías al leoncito echado un poco más arriba de tus huesos: *Dichoso el árbol que es apenas sensitivo / y más la piedra dura porque ésta ya no siente.* Afuera un jeep azul de la Guardia Nacional da vueltas alrededor del Parque Central haciendo sonar su sirena de alarma. En fin, Rubén, *ídolo de mi generación*, te llama Gabriela Mistral, *el primer poeta de habla castellana*. Y Pablo Neruda escribe que sin ti no hablaríamos nuestra propia lengua: *hablaríamos aún un lenguaje endurecido acartonado y desabrido.* Y en la oda de Coronel Urtecho *te saludo con mi bombín que se comieron los ratones en mil novecientos veinte i cinco. Amén.*

VI

Lejanas luces que se apagan y se encienden iluminan la noche en medio del gran Lago. Exactamente donde las aguas empiezan a deslizarse hacia el Atlántico, está el puertecito de San Carlos: lacustre y fluvial a la vez, en la ribera misma del río San Juan. Es el lugar más insólito acaso de la tierra. Sórdido también. Las arañas y las telas de araña lo invaden todo. Un pueblo fantasma que no existe, que quizá existió en un tiempo futuro, en un pasado remoto. Ahora me parece como inventado, como cuento de leyenda que sólo la imaginación caribeña puede hacer realidad. De las casa-palafitos sale olor a café, un intenso olor a café negro en la húmeda y calurosa mañana.

Zumban y pican moscas, mosquitos, zancudos, chayules: cuatro plagas que llegan a siete. Apesta a

caca seca de no sé qué animal. Aquí contrajo matrimonio el poeta-patriarca José Coronel Urtecho, un día miércoles *cuando el vapor ya daba el segundo pitazo, y el cura daba señales de prisa, porque se regresaba en el vapor en que había llegado, yo en pantalones kaki, ella lo mismo, la cabeza cubierta con mi pañuelo, un nudo en cada punta. Fue un casamiento rápido y para siempre.* Camina con orgullo afirmado en su bastón, con un hálito de seguridad en sí mismo. Viste pantalón mezclilla, overoll color kaki, quizá el mismo que usó el día de su matrimonio, según cuenta en su *Pequeña biografía de mi mujer*, tan pequeña -la biografía- que sólo cabe en un libro de varias páginas. Tiene 66 años y yo me lo imaginaba más viejo. Increíblemente conversador, anima sus palabras, se apasiona, habla y habla y todo lo que habla vale por cuanto libro bueno no se ha leído. *Ha sido la verdadera biblioteca nacional y el maestro de todos*, escribe Ernesto Cardenal.

El calor nos hace beber una cerveza *Victoria* heladísima. Coronel Urtecho y Cardenal (Cardenales y Coroneles hacen la poesía nicaragüense) han pedido un asado de ternera con ensalada de remolacha. Yo un guapote guisado, a recomendación de José Coronel, todavía fresco casi recién sacado del lago: *Los poetas deben comer buen pescado como deben escribir buena poesía. Y sobre todo tener mucha fe, ser hombres de fe.* Y moviendo sus pequeños ojos color lago de Nicaragua dice con resuelta ironía: *Nicaragua es un país muy ordenado. ¡El orden establecido por Somoza! La parálisis somocista ha invadi-*

do hasta el último tendón de Nicaragua. Yo he tratado por todos los medios de hacerme somocista y re-somocista. Pero no, no se puede. Me es más fácil hacerme tico -costarricense- que somocista. Lo tienen programado todo, hasta el año 2010. Yo no digo que ello se vaya a cumplir, pero es cosa que la familia se reúna: ayer Somoza padre, ahora Somoza hijo, después Somoza nieto... Aquí Somoza, el Banco Central y los Jesuitas es la misma mafia. Y el Opus Dei, la Santa Mafia. Como el jefe de la Guardia Nacional que controla a los delincuentes y a los traficantes y a los rufianes. También controla a las putas y al Nuncio.

Sí, ciertísimo, no es ninguna metáfora, corrobora Ernesto Cardenal, apurando su cerveza que ha dejado de estar fría.

VII

Un día a la semana -los martes- el puerto de San Carlos, en las márgenes mismas del río San Juan, recobra vida. Lo pueblan isleños que llegan en viejas canoas, en despintados botes a remo, en pequeñas lanchas con motor. Una gorda mujer fríe mojarras entre moscas y perros. Parado sobre la caparazón de una tortuga miro el techo de las casas invadido de golondrinas, y la tortuga gigante estira su cogote y trata de morderme. Un hombre de camisa mostaza -*ése es un soplón*, dice un vendedor de lagartos- come nacatamales mientras se calienta al sol como otro reptil-lagarto. Dos mujeres se agarran de las mechas por cuestiones de maridos y ruedan por la calle fangosa, y *son comadres*, comenta la gente. En una tiendita un letrero a tres colores: *Artesanías de Solentiname*. El cine del pueblo

exhibe a las 8 P.M. *El hombre que mató a Bill The Kid*, un western con Peter Lee Lawrence. En la pequeña oficina de Correos un calendario del año anterior -1971- con una foto sonriente de Somoza (como un anuncio Alka Seltzer, diría Cardenal) y rayada por alguien con lápiz de grafito. En una mesa de un bar cercano un grupo de cargadores del muelle bebe café negro con *Flor de caña* -el ron de los nicaragüenses, etiqueta la propaganda- y hablan a voz en cuello de un partido de béisbol jugado el domingo anterior. Al subirme a la lancha *San Juan de la Cruz* las mujeres que lavan a la orilla del río levantan sus manos en señal de buen viaje, y yo levanto la mía también.

VIII

Tal vez más de alguna oculta vocación me llevaba a Solentiname -que quiere decir *lugar de codornices*-. Un encuentro conmigo mismo, una búsqueda de soledad y diálogo con otras realidades, una ascesis nueva y necesaria en mí. Imaginaba un monasterio con severas reglas de San Benito. Con una disciplina eremítica donde no habría otra cosa que contemplarse el ombligo como forma o arte de vivir. Mi ánimo, mi espíritu y mi curiosidad estaban preparados para ello.

Ranchos con techos de palma. Vegetación exuberante, selvática y virgen. Un lago de agua dulce -la lancha San Juan de la Cruz avanza lentamente- lleno de tiburones y pez-sierras. Flora y fauna para no aburrirse nunca. Cielo, nubes, sol, lluvia. Tranquilidad: paz: amor. La hospitalidad se paga con

hospitalidad: *no hay que hacer opresión al forastero.*

La levantada es muy temprano, al menos para mí. A las seis de la mañana -cuando la campanilla del reloj me despierta- estoy tendiendo en un dos por tres mi cama, algo así como un simple camastro cubierto con una limpia colcha tejida por campesinas de Masaya. El lago de Nicaragua o la *Mar Dulce* de su descubridor Gil González Dávila o el antiguo *Cocibolca* de sus indígenas ribereños, tiene a esta hora una bella calma y un color rojizo hasta la imaginación. Alguien toca el riel para la lectura de los Salmos. Nos sentamos en el petate o en troncos de pochotes secos o en pequeños pisos de madera haciendo rueda. Al leer el Salmo 144 aplasto con el Brevario un gordo zancudo que entierra su aguijón en mi rodilla izquierda y la cubierta de cuero queda manchada de sangre. Luego leo en voz alta: *el hombre es semejante a la vanidad, sus días son como la sombra que pasa.* Y me limpio los ojos aún legañosos y sigo con la vista el vuelo de una oropéndola, que se pierde en el cielo azulísimo que dan ganas de rayarlo.

Durante la mañana labores materiales. Siempre habrá que hacer algo: podar árboles, desmalezar el monte, pintar en el taller de cerámica. El ideal cisterciense: *que suden y se esfuercen hasta exhalar el último aliento.* A pesar de ello una gran alegría -la alegría del amor- reina en las faenas. En verdad, uno podría no hacer nada. Pero si yo no ayudo a sembrar yucas ¿quién lo hará?

Si no fuera por este calor que me amodorra, pero que me da otros impulsos desconocidos antes en mí, yo me quedaría aquí por mucho tiempo. Solentiname me ha enseñado a conocerme a mí mismo, a despertarme un espíritu contemplativo, a amar la meditación y el silencio. Amar también a mis semejantes y todo lo que tiene vida en la tierra: Una de las etapas más felices y marcadas de mi vida.

La comida es sana, sabrosa y abundante. Aunque no hay mucha variedad en el comer. Siempre frijoles, arroz, aguacates, yuca cocida, huevos revueltos con tomates, remolacha, plátano cocido, café -un gran tazón de café negro-. Nunca vino. A veces, los domingos después de misa, solíamos bebernos una cerveza *Victoria*. La carne es escasa, salvo cuando se ha cazado un garrobo, una iguana, una tortuga, un venado. O se regresa de una pesca exitosa con mojarras y guapotes. O William ha dejado patas al cielo una guatusa con su rifle calibre 22. De la tarde al anochecer se recorre la isla aprendiendo el nombre de los árboles, pájaros, hierbas. ¡Si Diana Bellessi viera estas orquídeas se quedaría un día entero mirándolas! O dormir la siesta a la sombra de un mango o tendido en una hamaca dejándose mecer por el viento. ¡Que bonito es estar tendido en una hamaca!. Leo a Thomas Merton, a Martí, a Ezra Pound, a William Carlo Williams. Se puede también no hacer nada. O mejor, siempre se está haciendo algo: un conocerse a sí mismo sin excusas, un meterse para adentro sin prejuicios. Mi espíritu de ascetismo ha salido aquí, sin duda, a flote y esto

me llena de gracia. Empaparse de un silencio que lo hace más maravilloso el canto y vuelo de los pájaros. No transcurre un segundo sin que vuele o cante un pájaro. Me quedo largo rato contemplando cómo el sol hace abrir las flores moradas de los lirios de agua o la sensitiva cierra sus hojas al contacto de mi mano. Nada viene a perturbar el paraje de Solentiname. Descalzo, haciendo camino en la maleza, observo el incesante ir y venir de las gigantes hormigas acarreadoras mientras recuerdo una tortuga cazada el día anterior y que Elvis le hizo volar la cabeza a machetazos: las tortugas lloran cuando las van a matar.

Una paz inunda la tierra, mi espíritu y mi cuerpo. Cierro los ojos y repito una frase que leí una vez: *Sólo la luz es comparable a mi felicidad (*)*. Cuando los abro una culebra *petatilla* me olfatea con su hilada lengua y pasa delante de mí como si nada.

Se vive en sobriedad, ajeno a todo apego a las cosas materiales. *En nuestra Señora de Solentiname tratamos de llevar una vida en común, donde no haya tuyo ni mío, y de pobreza voluntaria, libres de la ambición de dinero y de las exigencias de la sociedad de consumo. Vivimos en unión fraterna, todos trabajando para la comunidad, todos somos iguales.*

Cantan los insectos y pájaros de la noche. A las 7

(*) José Martí

P.M. todos alrededor de una larga mesa hecha por carpinteros isleños, sin mantel, donde los platos y las cucharas tienen su significación vital. Se come en la cocina, entre el horno de barro y el fogón, entre guacales y jícaras que guardan el agua. Es como un acercamiento universal hacia las cosas. Se escucha muy claro cómo el pocoyo -que es un pájaro crepuscular- canta en un árbol de cedro lejano. A las diez de la noche se apaga el motorcito de la luz eléctrica. Las rejillas de las ventanas se han cerrado para evitar que entren zancudos, chayules y mosquitos. En cada mesa-velador una linterna. Y todo el mundo duerme en los ranchos de Solentiname: *aún en sueños soy feliz, pues duermo con la bondad de un niño sano (**).* Y así hasta el día siguiente.

(**) Augusto César Sandino

IX

Se diría que el techo de sus casas es el cielo de Granada. Sus amplios aleros dan sombra y frescor a sus calles de piedra. Fundada en 1524 por el teniente Francisco Hernández de Córdoba, Granada es la ciudad colonial más antigua del continente. Saqueada e incendiada más de una vez por piratas y filibusteros en el siglo XVIII. Ahora el volcán Mom-bacho (al que tanto cantara Darío) la protege con su verdor de selva virgen. José Coronel Urtecho, Pablo Antonio Cuadra y Ernesto Cardenal llegaron a cambiar el color de sus ojos de tanto mirar hacia el gran lago de Nicaragua desde las torres de sus iglesias. En los patios interiores de las casas de adobe, Joaquín Pasos recorrió el mundo tendido en un petate a la sombra de los jícaros.

Con aire y ritmo de otro tiempo pasan carruajes

de cuatro ruedas con capotas de vaqueta. ¡Granada tiene toda la gracia que no tiene Managua!

Ernesto dice: *Los Salmos son cantos de liberación, de justicia social, de defensa de los pobres y oprimidos, de los perseguidos, de los exiliados...* Después de la lectura, algún tema de discusión colectiva: *Las declaraciones de La Habana*, por ejemplo. *O el pensamiento de Camilo Torres*. También *el discurso de Salvador Allende en el Estadio Nacional de Santiago de Chile*. Por estos días se analiza el libro del sacerdote jesuita mexicano Porfirio Miranda: *Marx y la Biblia*. Ernesto me dice: *este libro es una interpretación muy reveladora del pensamiento de Marx, que va a inducir a la Iglesia a girar un poco más hacia el marxismo, que no hay incompatibilidad entre ser cristiano y ser marxista, que los Evangelios tienen una gran identidad con el pensamiento de Marx, que la religión no es una co-*

sa filosófica sino real, de justicia social: amor es igual a justicia social....

XI

- Te pedimos Señor para que la paz y el amor reinen en el mundo.

- Te pedimos por los pobres y los desvalidos, y se eviten las injusticias.

- Te pedimos por los hermanos que nos visitan este domingo. También por los enfermos, y la salud vuelva a ellos y puedan ser útiles en la acción y el trabajo.

- Te pedimos Señor que el Reino que has venido a fundar sin clases ni explotación se establezca algún día no lejano en Nicaragua.

El Evangelio en Solentiname es un oficio de co-

municación y diálogo, de perfecto ideal cristiano: más que santa, la Santa Misa es un acercamiento al prójimo. Un acercamiento de verdad como nunca había sentido. En estrechos botes y canoas llegan isleños -sembradores de milpa y pescadores- que vienen con sus mujeres y chiquillos de las otras islas: La Venada, Mancarroncito, La Cigüeña. Algunos son reacios en venir *porque el padre Cardenal ha impuesto otras costumbres. Ya no celebra la fiesta de San Antonio y de San José y "voló" los santos. Y ese padre es comunista, no hace otra cosa que hablar de comunidad.*

Ernesto -con un blanco poncho peruano por casulla- comentando una frase del Evangelio pregunta: *Si Cristo viniera ahora y nos dijera ¿Quién decís que soy Yo? ¿Cuál sería nuestra respuesta?* Una mujer con su guagua en brazos responde de inmediato: *Le diríamos que es la Verdad, porque estamos rodeados de mentiras y si escuchamos la radio pues nos damos cuenta que todo es mentira y mentiras políticas y mentiras comerciales... Coloquen pues la radio: 90% de Palmolive o cigarrillos Windsor y 10% de noticias pendejas... Así pues que es la Verdad.*

Sin pararse de su banca un campesino dice: *Que es el libertador y viene a liberarnos de los poderosos y de los ricos y viene pues a combatir a los dictadores y a los tiranos.*

- *El viene a darnos amor para evitar las injusti-*

cias, dice una muchacha de no más de quince años, a convencernos por el amor y no por la fuerza... Sólo el amor puede salvarnos.

- A mantenernos en acción para no ser conformistas, dice por último un muchacho isleño, porque si alguna vez hay que usar la violencia pues debe ser para liberar a un pueblo y no pues por odios... Cristo viene a hacernos pues mejores: el que ama al prójimo conoce a Dios.

Se escucha el incesante picoteo de un pájaro carpintero en un árbol de guásimo cercano. Y Ernesto agrega: *Si en la sociedad no hay explotación ni hay opresión de unos contra otros, esa es una sociedad en libertad, una sociedad pues socialista. Ciertamente, San Juan dice: el que ama al prójimo conoce a Dios. El que no ama al prójimo no conoce a Dios: Fidel conoce a Dios. El obispo de Managua no conoce a Dios*. Yo pertenecía realmente a una clase privilegiada de Nicaragua. Pero al convertirme yo al Evangelio tenía que ser revolucionario. El Evangelio está en contra de los ricos. El Evangelio dice que el que tiene dos túnicas dé una al que no tiene ninguna y el que tiene comida la comparta con el que no tiene, y eso es el socialismo. También Cristo dice que el rico no se salva. Yo quiero que los ricos se salven, para eso tendrán que dejar de ser ricos.*

* El obispo era entonces -1972-, y sigue siéndolo, Miguel Obando y Bravo.

La lección del Apóstol San Juan está pues en nosotros: amar al prójimo para conocer a Dios.

Al oficio de la Eucaristía cada campesino coge con sus propias manos un pedacito de pan, cocido en horno de barro por doña Justa -la buena cocinera de Solentiname-. Y el copón de vino va de uno en otro con recogimiento y unción. Mientras William toca la guitarra y canta la misa popular nicaragüense. Y todo el pueblo de Nuestra Señora de Solentiname canta también.

*Somos pueblo que camina
por las sendas del dolor
Los humildes y los pobres
invitados son de Dios*

*Este pan que Dios nos brinda
alimenta nuestra unión
Acudamos jubilosos
a la Cena del Señor*

XII

Campos de milpa, cafetales, caña de azúcar, algodones entre volcanes que nunca dejan de iluminar la noche. Las orquídeas florecen como buena hierba en los troncos de jaúl o en las ramas de los zacuanjoches: la ipomea, el suspiro azul, el manto de la Virgen: *allí vi al fin las flores y los cantos*. Plantas de tabaco a la orilla de la carretera.

Por donde camino, en los mercados, me tropiezo con canastos de guayabas, de mangos, de zapotes. Managua, Masaya, León un gran mercado de olores frutales. Y qué ganas de comer un plato de *gallo pinto*, mi arrozito con frijoles a la hora del desayuno.

Las mujeres suben a los autobuses, salen de las tiendas, entran a la Catedral. Caminan por las calles con enormes cestas que llevan cuánta cosa ima-

ginable. Sólo las mujeres, nunca vi a un hombre que llevara ese peso en el cuerpo erguido. Un gallo colorado canta muy suelto de plumas en una canasta con aves que una joven y resuelta mujer lleva tranquilamente a su cabeza. *Qui-qui-ri-quí* canta el gallo en la tarde de Managua.

XIII

El año 1923 nace en Masaya (cómo recordar las blancas colchas de hilo tejidas por las campesinas de Masaya) Ernesto Mejía Sánchez. El 24, Carlos Martínez Rivas. Y en Granada el 25 el otro Ernesto, Cardenal pero monje. Una generación, una trilogía que retoma la gran poesía nicaragüense del siglo. Carlos Martínez Rivas, poeta tan importante como vital, autor de un sólo solo libro: *La insurrección solitaria*, título que bien define y personaliza su vida y su tiempo: siempre solitario, siempre insurrecto. Viviendo en Europa o en los Estados Unidos, no en su Nicaragua pero sí en su Centroamérica. Lo conocí en San José de Costa Rica -la sutil arcadia del istmo-, una tarde de truenos y relámpagos, de tormenta cósmica huracanada. Nos embriagamos con el puro aroma del café en la peque-

ña habitación de su hotel con ventana a su patria.

Mejía Sánchez parece un matemático, un erudito. Lo aplaudí a rabiar leyendo sus poemas en un recital en ciudad de México el 72: *Algún día sabremos si no perdí la virtud por ejercer la filología, / como deseaban mis amigos, algún día sabré / si la Biblioteca del Congreso quema realmente / mis libros. Porque ya salió, ya viene la / flecha de acera-da armadura con mi condena.*

Y Ernesto Cardenal, poeta, monje, revolucionario ("llámame aspirante a revolucionario, o aspirante a cristiano, que es lo mismo"). La vida contemplativa es acción, el retiro del mundo es estar en el mundo: *Aquellos son los volcanes de Ometepe, y me los señala con su mano afirmado en las hamacas del lanchón Río San Juan. El puntito que se ve al fondo es la isla Zapatera. Más allá - y no se ve- el Mombacho de Granada, hermano gemelo del Momotombo: "ronco y sonoro Momotombo". Esa isleta la compró un comerciante de San Miguelito. Estos, los restos de un barco de rueda que unía el Atlántico con el Gran Lago y hundido a mediados del siglo pasado...*

Y mirá, ahora se ve Solentiname. Y se observa en verdad una mancha azulita por la lejanía.

XIV

Acabamos de sentarnos a la mesa a la hora del almuerzo. En un abrir y cerrar de ojos el lago se cubre de nubarrones. Una garza vuela seguida de otra garza: las garzas presienten las tormentas y buscan refugio en otras islas. Un gran trueno -trueno como de fin de mundo- retumba sobre los ranchos de Solentiname. Las terneras salen corriendo del establo. Instintivamente nos agachamos a punto casi de ocultarnos debajo de la mesa de madera de cedro. Luego un silencio: se escucha la lluvia, el viento en los coyoles, el sonido de las cucharas en los platos de porcelana. De repente Ernesto dice: *Bendice Señor este guiso de tortuga que vamos a comer. Y yo, bajito, para mis adentros... que no puedo comer.*

XV

Se vive en sobriedad, ajeno a todo apego a las cosas materiales. En las blancas murallas del cuarto fotos y dibujos a tinta china de Thomas Merton, un Cristo oxidado y torcido como un clavo, mapas del archipiélago. Un bosque con una casita y flores y gallinas pintadas en una tela por Laureano, que descalzo detrás de la puerta siempre está tratando de tocar una canción en su guitarra. Ernesto lee, escribe (*escribo en esta vieja máquina portátil marca Royal, hace 22 años que la tengo... ¡a la puta qué tiempo!*), toma notas, contesta cartas, habla lo menos posible -cuando no habla-, reposa en su hamaca, medita largamente. O está en éste u otro lugar, preguntando, compartiendo ideas: cómo hacer mejor un vaciado de cerámica o quienes van a ir a pescar mañana. Siempre con más de un libro de Ezra Pound

entre sus manos: *Yo me dedico a aprender entre los poetas, dice. El poeta debe identificarse con su poesía, con su verdad. Si uno se siente revolucionario en su poesía, debe serlo. Si se siente religioso, debe serlo. Y si no se siente religioso o revolucionario, debe escribir esa verdad. La poesía debe tener un mensaje y una enseñanza sobre la vida de nuestros pueblos. No creo en la literatura por la literatura. La literatura y el arte deben contribuir a la sociedad, a la urgente tarea de la construcción de la sociedad futura, del hombre de naturaleza nueva como habla San Pablo o del hombre nuevo como hablaba el Che.*

Yo voy anotando con un lápiz de grafito estas palabras en la última página del libro de Merton *La montaña de los siete círculos*. Y leo luego casi de memoria: *Y cuando hayas sido elogiado un poco y amado un poco Yo te quitaré todos tus dones y todo tu amor y todos tus elogios y quedarás totalmente olvidado. Y en aquel día empezarás a poseer la soledad que has ansiado tanto tiempo. Y tu soledad producirá inmenso fruto en las almas de los hombres que no conocerás nunca en la tierra.*

XVI

-Thomas Merton es el fundador espiritual de esta pequeña comunidad de Solentiname. En un principio, él la iba a fundar personalmente. Cuando yo me iba de Gethsemaní, Merton me había dicho que si a él no le permitían hacer esta fundación, me tocaba hacerla a mí -con las ideas suyas- en Nicaragua. Eso es lo que yo he tratado de hacer con mis compañeros aquí en Solentiname. La presencia de Merton está ahora con nosotros aquí en Solentiname. Y está presente donde quiera que Dios está presente. Su presencia como la de Dios, es invisible pero real. Y nos llena de gozo.

-Los campesinos vivían aquí una vida paupérrima. Hemos contribuido a organizar una cooperativa para que puedan tener mejor asistencia técnica y mejores precios para sus productos: maíz, frijoles,

guineos, bananos. Se les enseña cómo trabajar y defenderse en la vida. Pero muchos creen que yo estoy haciendo grandes cosas por los de aquí. En verdad son ellos los que están haciendo por ellos mismos.

-La comunidad se financia con los derechos de autor de mis libros, que se editan en todas partes del mundo. Por la venta de nuestras artesanías y cerámicas y pinturas intuitivas hechas por niños e isleños. También nos ayudan familiares, y algunos buenos amigos vinculados a actividades industriales, aunque últimamente esta ayuda se ha visto disminuida a raíz de mis declaraciones favorables a Fidel y a la Revolución Cubana.

-No pienso moverme de aquí. Trato lo menos posible de salir. Cada tres meses, más o menos, voy a Managua. Y al extranjero sólo viajo para ver revoluciones. El año 71 fui a Chile, Perú y Cuba. Y antes ya había estado también en Cuba como jurado invitado al concurso Casa de Las Américas.

-En mi poesía hay temas políticos, religiosos, sociales, económicos. Aunque en realidad todo se unifica. De alguna manera la poesía debe contener eso, historia, economía, datos, geografía, política, estadísticas, mística y sabiduría, en fin, una incorporación de elementos exteriores.

-Cuántas veces hemos dicho los nicaragüenses en el extranjero: "somos un país-de-mierda", en mesas de tragos, en pensiones donde se juntan los exiliados, pero hemos recordado los nacatamales, la sopa de modongo con su culantro y su chile congo,

los cantos de la Purísima y el perfume de los madroños en diciembre. El lago azul, azul y sobre él el vuelo de una garza como una vela blanca o la lanchita de vela como una garza. Y uno ha pensado en el olor de mayo, a patio llovido y tejas mojadas, el color y el olor de Nicaragua...

-De mis libros el que más quiero es *Homenaje a los indios americanos*. Me importan, sí, mucho más aquellos poemas que tienen relación con una crítica al capitalismo, al sistema capitalista, a la sociedad burguesa.

-Mi obra está prohibida ahora en Nicaragua. Ninguno de mis libros pueden entrar al país. A Somoza no le importa la cultura. Lo que le interesa es hacerse cada día más rico.

XVII

Después de mi permanencia en Nuestra Señora de Solentiname -invierno de 1971 y verano de 1972-, me escribió Ernesto Cardenal:

En un reciente viaje a Managua iba leyendo la correspondencia en el lanchón "Río San Juan" y entre esas cartas leí la tuya con gran gusto, en momentos en que te recordaba precisamente (nuestro viaje en el mismo lanchón rumbo a Managua en otra ocasión) y fue como si vos de nuevo fueras en ese lanchón otra vez conmigo (y con William que iba ahora en esta nueva ocasión) y en realidad vos ibas allí con nosotros. Como también vos estás aquí con nosotros siempre en Solentiname, porque todo lo que aquí fue sigue siendo y es eternamente.

Como tus poemas en los que Solentiname siempre está siendo.

AQUI en Solentiname no se ve televisión
Ni se escucha radio
Ni se leen los magazines de la prensa
Pero se sabe todo lo que ocurre en el mundo
Porque alguien toca la guitarra
Y canta.

LOS muchachos de Solentiname
Ayudan a sus mayores a desgranar maíz
A desmalezar el monte
A poner kerosene a los candiles porque luz
eléctrica no hay
Y mientras ponen kerosene a los candiles
Y desmalezan el monte
Y desgranar maíz morado que aquí llaman *pujagua*
Cantan canciones de Violeta Parra los muchachos
En este remoto lugar de Solentiname.

ME levanto al campanilleo del reloj
Vuela una y otra vez el *azulito*
Las oropéndolas cantan para que yo las conozca
Por un sendero de zacate recién cortado
Camino al lago a bañarme
Paso por la milpa y los malinches y los jocotes
Llegan isleños en rústicas canoas
Con mujeres guineos y chiquillos
La costa está cubierta de patos pero yo no tengo un
rifle.

AMANECEMOS en el lago pescando
Un largo capote me protege de la lluvia
En la lancha *San Juan de la Cruz*
Nadie habla
Sólo se escucha el ruido del motor Johnson 20 HP
De repente canto una canción aprendida por estos días
Aburrido de esperar que pique mi primera
mojarra

SENTADO a la mesa labrada por isleños
Como mi arroz y mis frijoles
Bebo agua en un guacal: agua con sabor a tungsteno
El blanco gato
Entra a la cocina con una iguanita entre los dientes
Debajo del horno de barro
Canta un gallo como en cualquier aldea del mundo.

TENDIDO en una hamaca de lona roja
Paso la tarde
Nunca antes había estado en una hamaca
Es como estar en esos cochecitos de los niños de
pecho
Que vemos los domingos en los parques públicos:
Quiero decir que uno se vuelve un poco criatura de
Dios.

HACE poco Julio pescó un tiburón
Era grande
Tenía más de tres varas de largo
Y ancho como el bote.

A LA hora de la cena en la cocina
Mientras con una mano no suelto mi cuchara
Y con la otra espanto zancudos y mosquitos
Recuerdo una frase que leí una vez en casa de
Floridor:
Si entra un burgués me dice poeta tu casa es pobre.

TANTO sudo con el acarreo de ladrillos
Que al tenderme bocarriba en el petate
El hoyito del ombligo se me llena de agua.

Si hay que poner ladrillos en el piso del comedor
O construir un puente
Tendrás que ser albañil por las mañanas
O huertero o pescador o artesano:
Yo he hecho todos estos oficios
con sudor
y alegría
y amor.

ESTOY plantando un guayabo detrás de la letrina
Y Elvis me dice:
Echale tierra con la palita.

DESPUES de la lectura de los salmos
Natalia me pregunta por mi país natal:

si en Chile crecen mangos

si el cobre

si la nieve

Yo estoy pintando un pescado de madera

Y me limpio los ojos

Y sigo con la vista el vuelo de un pato

Que se pierde hacia el hemisferio sur.

ACABO de leer
La última página del Epistolario de Martí
Alumbrado con el foco de una linterna.

AL quitarme las botas de hule al borde de la cama
Me acuerdo del cumpleaños de Diana Bellessi:

esos como un pajarito Jaime

donde vis agua te ponís a beber

Y en tu homenaje lejanas fogatas iluminan el

muelle

Y mi noche.

LA casa de Natalia tiene techo de teja de barro
Y donde no tiene teja tiene palmera de coyol
Las más de las veces Natalia va al monte a labrar la
tierra

O a pescar guapotes en su bote de remos
que luego descama y pone al sol

Natalia tiene cuatro hijos que lava cose ropa y
alimenta

De puro amor los alimenta

La casa de Natalia tiene una mesa de madera de
cedro

Porque abunda el cedro y el poroporo
que da una flor amarilla en los meses de verano
Y en vez de platos hay guacales en la mesa de cedro

La casa de Natalia está a cincuenta varas del lago
Y clarito cantan los pájaros
Y con sólo escuchar cantar un pájaro
Natalia Sequeira sabe si es macho o si es hembra

La casa de Natalia tiene un mosquitero y una
hamaca
Y una estampita del Sagrado Corazón de Jesús
Ennegrecida por el humo de tanto tostar café en el
comal.

XVIII

Elvis es un muchacho bondadoso y hacendoso. Casi siempre anda descalzo, a pie desnudo, como un niño mártir. Dice que le gusta sentir las cosas de la tierra: sus hierbas, sus insectos, sus piedras. Aprendió a leer en la escuelita de la isla, y después remaba en el pipante cuando iba al puerto lacustre de San Carlos a dejar al mercado artesanías o a buscar correspondencia o comprar cigarrillos o a mirar afiches de películas vaqueras en el único viejo cine del pueblo. Nunca va a Managua, ni siquiera a Granada. Se conoce su archipiélago como la palma de su mano, esa mano que extiende siempre a todos con la hospitalidad isleña no conocida antes. Un muchacho alegre de vida y de saber del mundo.

Un día me lleva a su isla La Venada para que conozca a su madre y el rancho donde vivía su madre.

Al atardecer el lago es una calma chicha y Elvis rema y canta el verso de una canción con el sonsonete de un corrido mexicano: *La bala que me hiera / será bala con alma*. El rancho de Natalia Sequeira olía a petate, a sándalo, a café negro. Y ella tostando en el comal. Esta mujer no tenía aún veinte años cuando murió Sandino. Mejor dicho cuando mataron a Sandino la noche del 21 de febrero de 1934. Cuando lo colocaron frente a una zanja y allí, a la luz de los focos de un camión, asesinado a fuego de metralleta y de fusiles por la Guardia Nacional, y el lugar de su tumba guardado como secreto de Estado: *Creyeron que te mataban con una orden de ¡fuego!, / Creyeron que te enterraban / Y lo que hacían era enterrar una semilla*.

Por un instante veo en el achocolatado rostro de la madre de Elvis a las mujeres nicaragüenses que dieron su colaboración a Sandino en servicios de correo, enfermería, espionaje, menesteres domésticos. *Blanca Arauz, la mujer de Sandino, era telegrafista en lo mejor de la lucha. Juana Cruz tenía una cantina en Jinotega y cambiaba licor por tiros a los guardias y recogía noticias. Tuburcia García Otero tenía una hacienda de ganado en Cuá y fue destruida por la fuerza de los americanos, desde entonces se volvió gran partidaria de la causa. Fue encarcelada para que dijera lo que sabía, pero no lograron sacarle nada. Después fue cocinera, lavandera, enfermera del ejército Sandinista*.

La madre de Elvis me regala una jícara (tallada a mano por el mismo Elvis en la flor roja de malin-

che y en el colibrí del ingenuo dibujo) llena de nísperos y llena de historia interminable en sus actos y heroísmos. Al regresar de La Venada a Solentina me me como uno a uno los nísperos, tiro las semillas al agua de un lago que ha dejado de estar en calma. Elvis rema guiado por las estrellas y vuelve a cantar, una y otra vez, *la bala que me hiera / será bala con alma.*

XIX

A la hora del atardecer los habitantes de Managua no hacen otra cosa -porque no hay otra cosa que hacer en Managua- que sentarse en sus sillas mecedoras a las puertas de sus casas. Ventanas abiertas, puertas abiertas. Leen fotonovelas o hablan a todo pulmón de una vereda a otra. Mientras la radio a todo dar, el televisor a todo dar (está hablando Somoza pero nadie lo escucha), las motocicletas y autobuses a todo dar. Y la gente meciéndose en sus sillitas con esa tranquilidad que da el atardecer de Managua.

XX

Cuando el poeta colombiano William Agudelo abandonó Solentiname, en junio de 1967, porque sintió que ya había cumplido un ciclo de su vida allí (en Solentiname no hay votos ni promesa de estadía por ningún tiempo determinado) y que Dios lo llamaba ahora al mundo de afuera, al de los hombres, Ernesto Cardenal tuvo entonces días muy tristes y escribió con absoluta sencillez estas reflexiones de lo que verdaderamente es una vida en soledad:

- Mi vocación es de soledad y pobreza espiritual (no sólo económica), pobreza total, también de afectos; y la unión con Dios es en esa soledad; un vacío para que lo llene Dios. No sólo la renuncia a las novias, o a la esposa o los hijos. También a veces la renuncia de los amigos la quiere Dios. Nada, como

dice nuestro San Juan de la Cruz. Y bendita la nada que nos da el Todo. Otros vendrán tal vez después a traer más amistad y compañía y después se irán tal vez, dejando más soledad y vacío. Todo ello bendito, que se haga la voluntad de Dios. Y que sea todo lo que él quiera para nosotros.

- El cáliz que mi Padre me ha mezclado ¿no lo he de beber?. La soledad es amarga y dulce a la vez (como todo buen cocktail). Para el buen bebedor lo amargo del martini seco es también dulce y delicioso. Por eso decía Teresita de Lisieux (que sabía beber): "Se me hace delicioso Su amargo cáliz". Y la soledad no es mala. Dios se revela en la soledad. En esta época del *Hombre Organización* se necesita más que nunca la soledad, para volver a encontrarnos a nosotros mismos, y a Dios escondido en nuestro ser. Además, como lo dice Merton, *los hombres no son islas*. En el Dios escondido dentro de nosotros, estamos unidos con todo aquello otro en lo que también habita Dios; es decir, con todo: los hombres y el cosmos. Una iguana, un tractor, una galaxia, tampoco son islas.

- Yo sigo con gran paz en esta soledad rodeado del bello lago (ahora es perfecta soledad), en espera de la comunidad que Dios quiera enviar. Tal vez pronto vengan otras vocaciones. Sé que hay algunas vocaciones, pero algunos tienen miedo. Tienen miedo a la felicidad.

XXI

- Y, ¿sabías, chileno, que fuera de Nicaragua la abanderada intelectual del sandinismo, entre el sexo femenino fue la célebre Gabriela Mistral, Benemérita del Ejército?

Benemérita del Ejército Sandinista, declarada por César Augusto Sandino desde sus montañas de las Segovias. La maestra rural chilena estaba lejos todavía del Premio Nobel (1945), pero muy cerca de la carne viva de la historia: *Es necesario decir algo en favor de la desgraciada Nicaragua. Es preciso acompañar siquiera con palabras a esa gente desventurada y heroica que padece por la justicia. Aunque nuestra Mistral creía no tener manía política tuvo, sin embargo, una extraordinaria adhesión hacia aquel hombre heroico, héroe legítimo, como tal*

vez no me toque ver otro, y hacia aquella causa de su pequeño ejército loco de voluntad de sacrificio. Memorables artículos, casi desconocidos hoy, publicaría nada menos que en *El Mercurio** y en la prensa latinoamericana de aquella época. *Para mí Sandino es todo un héroe*, repite diez o quince veces, como para refutar el calificativo de "bandido" que le daba el presidente yanqui Herbert Hoover, o el de "insignificante jefe desequilibrado" que le tildaba *The New York Times*.

Son los convulsionados años treinta. Sandino no llega aún, ni llegará, a los cuarenta años de edad. Seculares dificultades de gobierno interno permiten la intervención de la Marina de Guerra de los Estados Unidos: *los desgraciados políticos nicaragüenses -escribe la Mistral- cuando pidieron contra Sandino el auxilio norteamericano, tal vez no supieron imaginar lo que hacían y tal vez se asusten hoy de la cadena de derecho que han creado al extraño y el*

* Gabriela Mistral: *Sandino, contestación a una encuesta*.

El Mercurio, Santiago (Chile), 4 de marzo, 1928. p. 5.

Gabriela Mistral: *La pobre ceiba*.

El Mercurio, Santiago (Chile), 25 de marzo, 1928. p. 5.

Gabriela Mistral: *La cacería de Sandino*.

El Mercurio, Santiago (Chile), 7 de junio, 1931. p. 7.

despeñadero de concesiones por el cual echaron a rodar su país.

Gabriela Mistral *-voy convenciéndome de que caminan sobre la América vertiginosamente tiempos en que ya no digo las mujeres, sino los niños también, han de tener que hablar de política- no permanece ajena a los acontecimientos de Nicaragua, aun cuando ella está en París, Marsella o Nueva York. Los cables de la prensa le hacen temblar el pulso: Sandino carga las dos o tres pistolas que le dan las fotografías malignas de los semanarios neoyorquinos, porque corre perseguido por los ajenos y los propios, y cada árbol y cada piedra de su región le son desleales. Y su defensa toma aspectos de locura porque vive un caso fabuloso como para voltear a cualquiera la masa de sangre.*

Gabriela Mistral no se queda en panegíricos, recados o contestaciones a encuestas. Solicita públicamente a los hispanistas políticos una colecta continental para la causa sandinista, el aspecto noble, dice, de una buena causa: *Nunca los dólares, los sucres, o los bolívares sudamericanos, que se gastan tan fluvialmente en sensualidades capitalinas, estarán mejor donados. Y en un mensaje, que insta a formar la Legión Hispanoamericana de Nicaragua, motiva a centenares de jóvenes que abandonen hogares y universidades para ofrecerle a Sandino lo mejor que puede cederse, que es la sangre joven, y una lealtad temeraria y perfecta que sólo la juventud puede dar.*

Razón de gratitud tendría, entonces, el hombreci-

to Sandino para honrar a Gabriela Mistral como "la abanderada intelectual del sandinismo".

Pero hay más. En febrero de 1934 los días estaban contados para "el moruno, plebeyo e infeliz guerrillero", como lo llamaría Anastasio Somoza García, que por entonces le enviaba como obsequio su autografiada fotografía de jefe de la Guardia Nacional y, a su vez, organizaba una velada literaria el día mismo de la ejecución. *Van a conseguir, sin buscarlo, algo que nosotros mismos no habíamos logrado: sentirnos uno de punta a cabo del continente con la muerte de Augusto Sandino*, escribirá nuestra Mistral. Y de la reflexión pasará al encono para juzgar a los autores del mortal atentado: *Mala mirada vamos a echarles y un voto diremos bajito o fuerte, que no hemos dicho nunca hasta ahora: ¡malaventurados sean!* Antievangélico enojo que tenía, después de todo, su alcance ecuménico. Acaso es la única vez que la autora de *Desolación* (1922) emplea en toda su escritura -poemas, prosa, cartas, recados- una frase tan estigmatizadora.

La muerte de Sandino identifica a Gabriela Mistral con los valores originarios de una raza, *porque este héroe no es local, aunque se mueva en un kilómetro de suelo rural, sino rigurosamente racial*. Y también con la realidad vocacional y de destino de los pueblos americanos: *El guerrillero es, en un solo cuerpo, nuestro Páez, nuestro Morelos, nuestros Carreras, y nuestro Artigas. La faena es igual, el trance es el mismo*.

-¿Sabías, chileno, que fuera de Nicaragua la aban-
derada intelectual del sandinismo, entre el sexo fe-
menino, fue la célebre Gabriela Mistral?

XXII

Solentiname tiene muchos amigos dentro y fuera de Nicaragua. Ese grupo de amigos recibe de tarde en tarde un Boletín - *Boletín de nuestra Señora de Solentiname* -, que no se publica en aquel apartado archipiélago, donde ni siquiera hay la posibilidad de un mimeógrafo. Lo mimeografían y distribuyen en Managua. Entre sus suscriptores hay un tractorista de Chichigalpa (Gonzalo Medrano) y un Gerente de la ESSO en Nicaragua (Danilo Lacayo) y que según Cardenal está interesado en aquella vida de pobreza y oración en Solentiname. También lo reciben Cintio Vitier, en Cuba; Ludovico Silva, poeta de Venezuela; Thomas Merton, en Kentucky; y otros que tal vez la comunidad no conoce.

Hemos pensado que tal vez con este Boletín podríamos cumplir alguna función espiritual desde

nuestros ranchos de Solentiname, al menos entre un pequeño grupo de amigos, dice Ernesto, y establecer entre ellos una mayor comunicación y comunión de hermanos. Este boletín no es de propaganda. Ni es para anunciar ningún éxito. A Dios no le interesa la propaganda, y muchas veces ni siquiera le interesa el éxito; suele preferir más bien el fracaso, la oscuridad y el silencio, la total soledad, la perfecta pobreza, la cruz desnuda y el Calvario.

En uno de estos boletines se publicaron algunos textos de William Agudelo que eran precisamente de anti-propaganda: absolutamente francos. En ellos describía su sufrimiento en Solentiname durante los primeros días y su repugnancia por la vida que allí iniciaba. Y aún maldecía aquel lugar. Expresa Cardenal: *Los publicamos porque ese testimonio era verdadero, y no debemos temerle a la verdad. Creo que esos pasajes, además, podrían ser útiles a otros, porque enseñan a sufrir, a aguantar. Por cierto que William después fue muy feliz aquí, porque nadie que se entrega totalmente a Dios sale perdiendo.*

XXIII

Pablo Antonio Cuadra me regala la colección completa de *El pez y la serpiente*, que iré leyendo revista a revista en mi tiempo de Managua. Poeta un poco apóstol, un poco quijote: nicaragüense y ecuménico. Su *Prensa Literaria* es la casa, la mesa, la máquina de escribir de los poetas. También la mía. Y una tertulia como ya no queda en el periodismo literario de esta América. Pablo Antonio Cuadra hablando siempre de los otros, nunca de él. De los otros poetas buenos como él, maravillosos como él, inolvidables como él.

Y los que vienen, los poetas jóvenes o no tan jóvenes, los poetas muchachos, casi niños (Francisco Santos acompañándome toda una noche en el gran Lago de Nicaragua comiendo tortillas de maíz, queso fresco, frijolitos fritos, y poesía, pura poesía):

en qué frente murieron gritando con Rugama: *La poesía no se rinde*. En qué frente triunfaron cantando con Cardenal: *Hay tanto maíz que sembrar, tanto niño que instruir, tanto enfermo que curar, tanto amor que realizar, tanto canto: Yo canto a un país que va a nacer*. La poesía en sus morrales, en sus exilios, en sus retornos, también en sus *celebraciones* o *cerebraciones*, en la restauración de la conciencia. Porque la poesía nicaragüense tiene un profundo sentido de la realidad y una más profunda todavía relación con la vida humana y geográfica, social y política.

Un país que tiene su Momotombo y su Darío, sus nacatamales y su Salomón de la Selva, el poeta de *el paladar*: *La patria es el sabor que se fija en el niño/ y para siempre lo acompaña y nunca/ pueden otros sabores desplazarlo*, su ciudad León y su Alfonso Cortés, el poeta loco, el loco Cortés: *los chiquillos de la escuela pasaban por su casa haciéndole bur-las. Y los chiquillos, y también los mayores, no sabían que ese hombre -que la familia lo tenía atado con grillos por temor a sus furias- era uno de los más grandes poetas de la lengua castellana*. La poesía nicaragüense que no es iconoclasta, que en un encadenamiento perpetuo y futuro se hace y rehace -semejante también a la chilena-, contingente, precolumbina, histórica, exteriorista: tradición enriquecida por sus lenguas natales, criolla-española, y por las otras latinas o gringas: inglesa-norteamericana. Una poesía viva siempre.

Y con verdad, otra vez Darío, escribía muy ufa-

no: *Mi esposa es de mi tierra. Mi querida, de París.*
El París de Verlaine, por cierto. Su tierra de Nica-
ragua. Y el verso de Ernesto iluminando el Canto
Nacional: *Veo el nuevo día. Cantá, cantá zanate cla-
rinero.*

XXIV

Desde hoy por la mañana, a la hora de tomar café, y luego acentuado por las 9, y las 10, hasta cerca de las 11, me vino el deseo de marcharme.

Adiós Joaquín Pasos. Estuve contigo tanto tiempo y tan poco tiempo, aunque todavía lo estoy: te dejo en tu maravillosamente colonial ciudad de Granada -la más colonial del continente-, recordando en tu petate el perro que querías tener en tu infancia. Nunca saliste a conocer el mundo y conociste el mundo: las hormiguitas del viejo y eterno Sandino ya te lo habrán contado bajo la tierra. Yo me llevo por ahora una estrofa de tu vital *Despedida*:

*Es preciso que levantes el brazo derecho
porque quiero llevar de ti un recuerdo de árbol.
Quiero saber que dejo sembrada en el horizonte
tu mano.*

*Archipiélago de Solentiname, junio, 1971
Managua, febrero, 1972.*

INDICE

I	Puede ser la selva	9
II	Desde la ventanilla del avión	11
III	Las rojas flores de los malinches	13
IV	El pirata Mansfield	15
V	Entre palomas y zenzontles	17
VI	Lejanas luces	19
VII	Un día a la semana	23
VIII	Más de alguna oculta vocación	25
IX	Se diría que el techo	31
X	Ernesto dice	33
XI	Te pedimos Señor	35
XII	Campos de milpa	39
XIII	El año 1923	41
XIV	Acabamos de sentarnos	43
XV	Se vive en sobriedad	45
XVI	Thomas Merton	47
XVII	Después de mi permanencia	51
XVIII	Elvis es un muchacho	67
XIX	A la hora del atardecer	71
XX	Cuando el poeta colombiano	73
XXI	Y, ¿sabías chileno?	75
XXII	Solentiname	81
XXIII	Pablo Antonio Cuadra	83
XXIV	Desde hoy por la mañana	87

UN VIAJE POR SOLENTINAME

de Jaime Quezada

se terminó de imprimir el siete de octubre
de mil novecientos ochenta y siete en los
Talleres de Arancibia Hnos., Coronel Alva-
rado 2602, Santiago-Chile.





UN VIAJE POR SOLENTINAME reúne textos escritos por los años 1971-72, cuando su autor permaneció en Nuestra Señora de Solentiname (la comunidad religioso campesina fundada por Ernesto Cardenal) y anduvo recorriendo una Nicaragua que era sinónimo de dictadura o sinónimo de Somoza. De ese andar y de ese vivir nacieron estas relaciones que hablan de la realidad humana, geográfica y poética del centroamericano país de Rubén Darío y de Sandino.

La notable prosa de Jaime Quezada –el autor de *Las palabras del fabulador* (1968), *Astrolabio* (1976), *Huerfanías* (1985)– adquiere en estas páginas toda su bella y testimonial relevancia.